

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	Trimestre..... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS:	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6
	» año..... 12

Cartas de D. Quijote y Sancho

A LOS REPUBLICANOS ESPAÑOLES

He sabido, con gran contentamiento de mi ánimo, que os habéis reunido para tratar de desencantar a la república, que malsines y perversos encantadores tienen encantada hace tiempo, y como ella es señora de este mi cautivo corazón, y por ella pondré no sólo la potencia de mi fuerte brazo, más todas las de mi alma, creo necesarios algunos consejos que os he de dar, porque antes más vale el advertido que el audaz, y siempre son buenas toda advertencia y previsión que inspire el espíritu justo y en hidalgo pecho nacidos.

Para ganar la voluntad del pueblo, entre otras, habéis de hacer dos cosas: la una es manteneros unidos, que no haya entre vosotros discordias y desavenencias, que donde las hubiere no habrá concierto, y habiendo desconcierto mal se logrará la república, que esta es la armonía por la igualdad, y no puede existir armonía entre los hombres si éstos no se aman como hermanos y saben estimar unos las virtudes de otros, y perdonar-se los defectos, porque ¿qué hombre ó qué obra humana estará limpio de ellos? La otra advertencia es que no hagáis muchas preguntitas, y si las hicierais, procurad que sean claritas y sencillas, para que se entiendan bien y fácilmente se cumplan; quiero decir que vuestro programa sea liso, llano, prudente y seguro, de modo que si en él quedara mucho que añadir no tenga nada que borrar.

Aún me resta otra advertencia, y es la de que conviene mucho que el pueblo se ilustre más y lea buenos libros, y atiendan a muchas lecciones, que la ignorancia es causa de todos los males, y que, además que no estéis diariamente atemorizando con la revolución, la revolución, que ésta se hará cuando se hiciera, y en tanto no se haga, es vano decirlo, y viene a ser cuando tanto se encaren como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella.

¡Ah la revolución! Si se hiciera... contará con la ayuda de mi esforzado ánimo... que a grandes aventuras se dirige, y por nobilísimo intento existe... Yo os juro que presto esa turba de vividores que consumen la riqueza del pueblo desaparecerá; yo enderezaré los entuertos de tantos abusos, y en ciega y furiosa batalla daré con esos hábiles de la política, malvados encantadores, y desencantada tendremos a la hermosa república española. Y aunque lo que digo no gustare, en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi profesión hidalga que con su gusto, conforme a lo que suele decirse: *Amicus Plató, sed magis amica veritas*. Y a Dios el os guarde de que los monárquicos no tengan que reírse de vuestros desaciertos.—Vuestro amigo, D. Quijote de la Mancha.

Amigos míos:

La ocupación de mis negocios es tan grande, que, aunque no tengo tiempo de rasarme la cabeza, me la rasco, y con prieta, para ver de explicarme la aventura de Morote... y de si lo quisieron fusilar, ó por el contrario, llenarle los bolsillos de confites. Tampoco

gozo de aquella calma necesaria a un cristiano para cortarse las uñas... Me las muerdo de pura rabia, porque entiendo, y sé que el libro de la Pardo «San Francisco de Asís», no es sino una ramplona traducción... Y dejemos este asunto para otro número... que será un gozo leerlo en honor de la Quintañona.

Vengamos a vuestra unión, y no vendrá la gente republicana a hacer el juicio de las caperuzas que claramente de el gran partido pueden hacerse varios, y más subdividiéndole en grupos y grupitos... pero eso, a más de ser necio, es criminal, y no borro la palabra.

Al buen callar ya saben ustedes como lo llaman, y más vale callar que soltar la picara de la lengua diciéndolo tonterías.

Pónganse ustedes mercedes en buen acuerdo, no lancen fanfarronadas, ni la emprendan contra molinos de viento... sino que cuando atacaren al enemigo sea decisivamente, y no se anden por las ramas, sino pico al fruto.

Miren que en estas cosas de gobierno me sé mucho, y tengo mis experiencias que yo fui ejemplo de que un rústico dotado de sentido común é intenciones sanas puede bien administrar justicia... y por mi madre que bien hube de administrarla... y así fueran todos los magistrados, que mejor iría a las repúblicas. Cuenten que si me he de dar los azotes para desencantar a la encantada, ¡que el pueblo, y pueblo soy yo, se los dió!, no ha de ser por burlas, ni para que los directores hagan mangas y capirotos... sino que ha de ser a cosa hecha... pues son mis carnes tan delicadas como las del mejor encarnudo, y mi sangre, sangre de cristiano. Con esto no digo más. Dios les guarde y me guarde.—*Sancho Panza*, ex-gobernador de la Insula Barataria.

EL ETERNO FEMENINO

(CASI CUENTO)

Pues señor, érase que se era un aficionado a rey, ya algo entrado en años, y casado en segundas nupcias con una hermosa morena de cabellos negros como la noche, y de ojos tan negros como sus cabellos.

El aficionado a rey había sido durante su juventud, ya casi agotada, algo aficionado a las mujeres, al vino y al juego. Pero, aparte de estos vicios, no se le conocían defectos mayores.

Una vez casado el personaje de nuestro cuento, y harto ya del «mundanal ruido», se retiró a un pintoresco pueblecito de no recordamos qué provincia italiana, decidido a abandonar para siempre sus descabellados proyectos de soberanía, y a abdicar en su primogénito todos sus reales ó fantásticos derechos.

Pero su mujercita se opuso, primero débil, después resueltamente, a aquellos buenos propósitos.

Si, ella quería ser reina, ella quería tener vasallos que la obedecieran, y cortesanos que la adularan, y cobrar de la lista civil, y que la *Gaceta* diera a diario cuenta de su salud y de la de su familia.

Y poco bien que sentaría sobre su gentil cabeza, de cabellos tan negros como la noche, la corona real!

Y como es sabido que los hombres no hacemos más sino aquello que quieren las mujeres, el aficionado a monarca tuvo que renunciar a sus dulces ideas de sano recogimiento, y hete aquí otra vez a mi hombre metido en libros de caballería y dispuesto a conquistar por grado ó por fuerza, el trono a que creía tener derecho.

El baqueteado aspirante, una vez tomada esta reso-

lución, convocó en junta magna a los suyos, quiero decir, a sus partidarios, y después de mucho discutir y de formar planes y más planes para lo futuro, decidieron dar a los llamados vientos de la publicidad un acta ó manifiesto enterando al respetable público de los deseos y propósitos de su amo y señor.

El manifiesto causó no poco ruido; pero como en el reino a que aspiraba gobernar el pretendiente los hombres eran algo volubles y no solían tomar las cosas tan en serio como debieran, bien pronto se puso en olvido el tal documento, y con él los deseos y propósitos del aspirante a monarca.

Sin embargo, los periódicos de aquel reino comenzaron a publicar un día y otro noticias y más noticias de la agitación que se notaba en algunos pueblos famosos por su adhesión al pretendiente.

La repetición de estas noticias llegaron a alarmar seriamente a la opinión.

Pero el órgano en la prensa de aquel rey *in partibus*, para calmar a la gente, se creyó en el caso de publicar una noticia, concebida, sobre poco más ó menos, en estos términos:

«Nos guardaremos muy bien de provocar en estos momentos ningún conflicto de orden público; el patriotismo nos lo exige, el deber nos lo manda, y la más vulgar discreción nos lo aconseja.»

Y ¡claro!, la gente, después de leer esta noticia, se tranquilizó por completo, porque ¿a quién había de ocurrírsele desconfiar de tan desinteresada declaración?

Y en este estado se hallan las cosas al escribir estas líneas, confiados todos en la patriótica promesa del temido pretendiente.

Y, sin embargo, nada más absurdo que esa confianza de la gente.

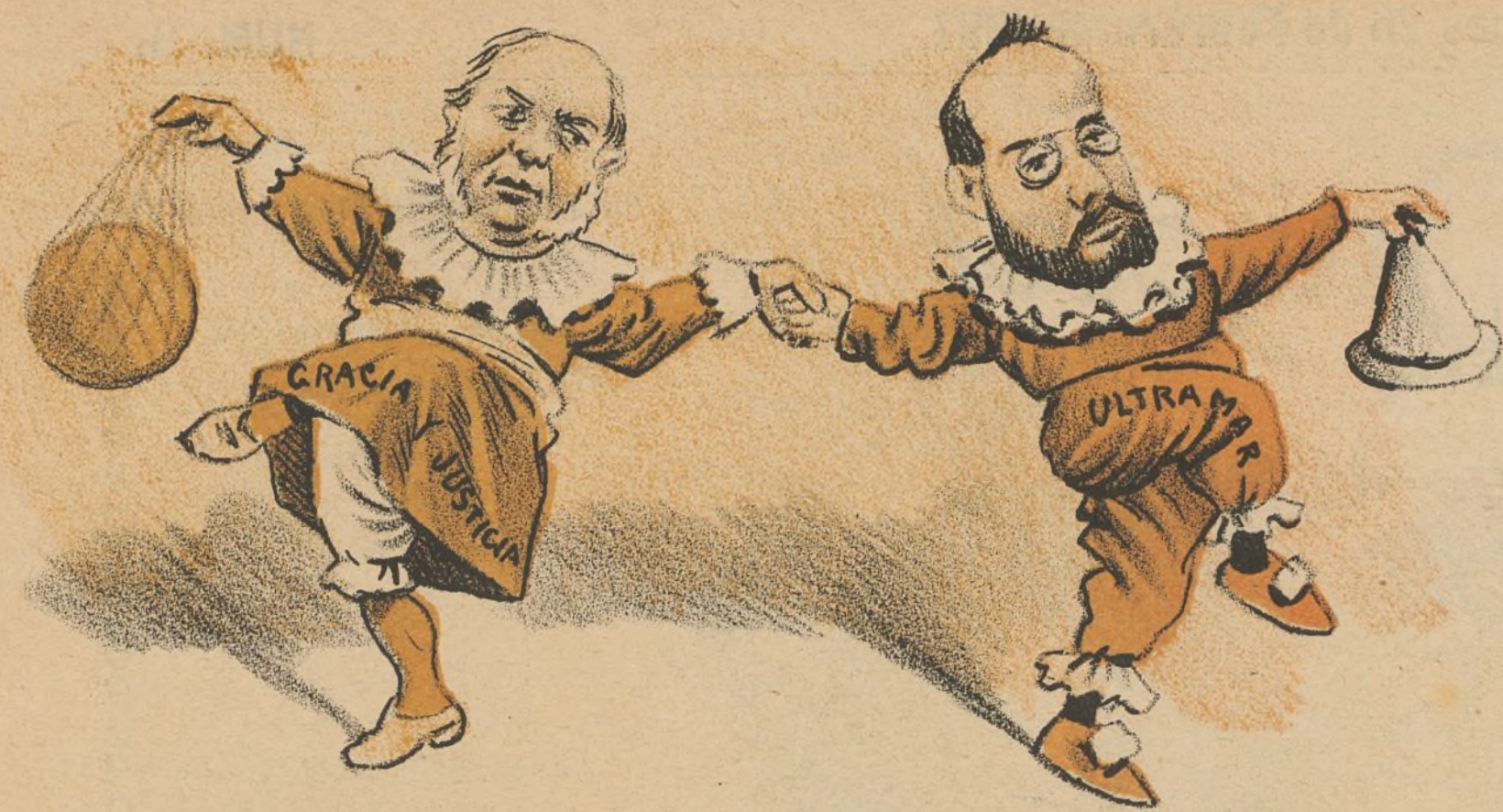
Porque allá, en ese pueblecito de no recordamos qué provincia italiana, hay una cabecita de cabellos tan negros como la noche, que piensa y piensa sin cesar en el día del triunfo.

Y a veces una caricia, un beso prolongado, pueden ser causa de una guerra civil.

La cuestión de Creta.

Como todo en este mundo, se concluirá lo de Creta, gracias a la buena mano de varias grandes potencias, que haciendo perfecto uso del derecho... de la fuerza, han acordado que todo a estar como estaba vuelva, y que se calle Turquía, y que se retire Grecia, y que pongan por ahora paz las escuadras en Creta. ¡Apenas si tiene tino la diplomacia europea! Nada de sangre y ruina, ni de bronce, ni de gresca, ni... de levantar la caza, ni... de disputar la presa. Quede todo conjurado, y aquí paz y después... Grecia que se conforme si quiere, ó que se aguante por fuerza. Y así, sin mayor estrago, todo como estaba queda, y hecha una balsa de aceite toda la región aquella, hasta que los musulmanes, cuando entretenerse quieran, vuelvan a echar por el suelo diez ó doce mil cabezas...

DON QUIJOTE



Pareja infantil.



Danza macabra.



—¿Quiere usted bailar?
—No; porque me amareo y gomito.



Ya he dicho que no bailo con nadie.



—Yo te quiero más que á Dios,
mira qué palabras digo;
¡merezco la inquisición!

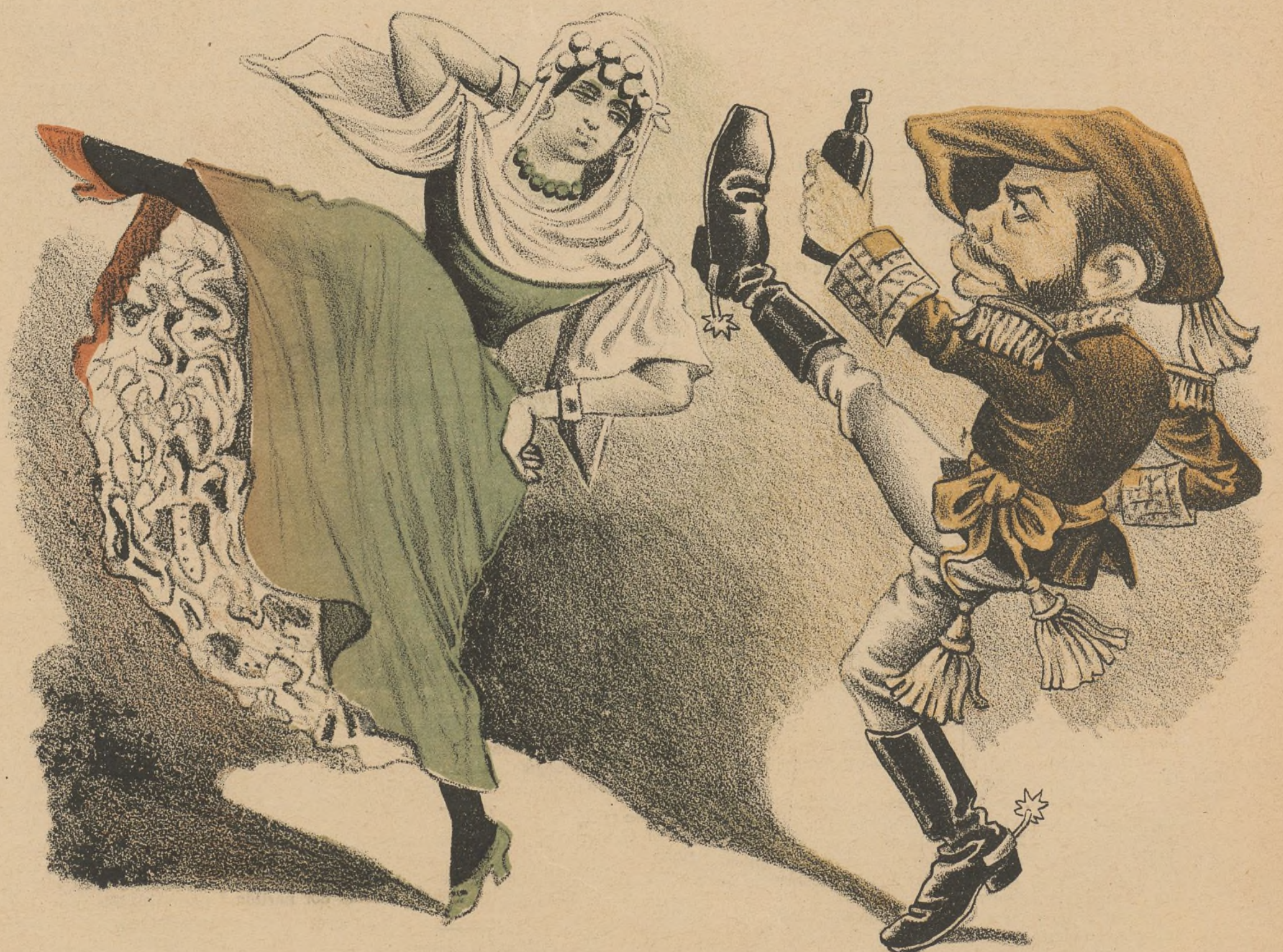


Let. de la viuda de M. Bantista, Jefe del Vite, 29

—¡No encuentro con quien bailar!



La comparsa de José María.



—¡Olé el tradicionalismo!

DIALOGOS

—Buen burro tienes, Gaspar.
—Se lo he comprado á un baturro.
—Me gusta mucho.

—A este burro
no le falta más que hablar.
Y como aprendiese un día
el asno á decir *si* y *no*,
¡ay, amigo! ya sé yo
lo que mi burro sería.

—Si de disfrazarse trata,
le prestaré un antifaz.
—Me disfrazaré de rata.
—Eso en usted no es disfraz.
—¿Que no es disfraz? ¿Y por qué?
—Hombre, voy á serle franco:
porque el disfraz en usted
es el frac y guante blanco.

VICENTE RUBIO.

LA INSURRECCIÓN FILIPINA

La insurrección filipina ha dejado de ser una amenaza grave, un serio conflicto.

La toma de Silang por la división Lachambre es la herida mortal, la punalada en las entrañas recibida por la insurrección. Después de Silang, Dasmariñas, después de Dasmariñas, Novaleta. Es ya sólo cuestión de días.

La embestida de los soldados de Lachambre ha roto la fe que el indio tenía en el triunfo de su causa. Ya no cree, ya no puede creer, en auxilios providenciales y suprahumanos; y perdida la confianza en su causa, y desconfiando del acierto de sus caudillos, no tendrá más remedio que rendirse.

Desmedrado, raquítico física, intelectual y moralmente; el indio más que señor del país que habita parece su prisionero.

No acierta á imaginar medios para domar la tierra en que vive, ni encuentra energías que oponer á los desmorones de la naturaleza, y se resigna inclinando la cabeza, y esperándolo todo de los caprichos de la Providencia.

¡Ah! pero si algún fanático, ó algún malvado, le asegura, bajo la fe de su palabra, que la voluntad oculta que derrumba las montañas y descuaja los bosques, que empuja las aguas del mar para arrasar ó sumergir las islas, que estas fuerzas que todo lo pueden y nada les resiste está con ellos, ¡ah! entonces el indio se atreverá á todo, y aquellas unidades inertes, esparcidas, se reunirán, se trocarán en bloque formidable, capaz de hacer polvo cuanto se oponga á su impulso.

La bravura de los soldados de Lachambre ha hecho añicos el amuleto tagalo. En Silang, su Meka, acampan ya los nuestros. Después de Silang, Dasmariñas y Novaletas. Es empresa fácil. Perdida la fe el indio ni sabe ni quiere resistir.

EL BAILE DE MÁSCARAS

Al distinguido literato D. Luis Royo Villanova.

Atmósfera de gases saturada,
Distraces de vivísimos colores,
Y seres que embriagaron los licores
Y la danza febril desordenada.
Inmunda bacanal, desenfrenada,
En que ofician de cínicos actores
Enjambre de tenorios vívidos
Y mujeres de vida depravada.
Murmillos y conceptos vergonzantes,
Bellezas que repugnan y no incitan,
Carcajadas histéricas, vibrantes,
Hermosuras en flor, que se marchitan
Y dejan entre el cieno delirantes
Corazones sangrientos que palpitan.

MANUEL ESCALANTE GÓMEZ.

VOLTAIRE

ASUSTADO ANTE EL PROGRESO

(CUENTO)

Victor Hugo, el inmortal poeta de la regeneración humana, quiso un día manifestar literariamente la vertiginosa fuerza de impulsión del progreso en un siglo, rapidez que hasta llega á asustar á los hombres de creencias más avanzadas, y tomando como protagonista á Voltaire, el filósofo más curado de preocupaciones, improvisó en una tertulia de hombres de letras el siguiente cuento:

Levantóse Mr. de Voltaire una mañana, á la hora de costumbre, y sintiéndose algo indispuerto hizo llamar á un médico, accediendo á las súplicas de Mme. Ghatetel, que en ello se había empeñado.

Hízose esperar bastante el doctor, pero llegó al fin, aunque sofocado y cubierto de polvo.

—¡Eh! ¿de dónde venis, doctor?—preguntó monsieur de Voltaire.

—No me digáis nada, amigo; vengo de Rouen, en donde me hallaba aún no hace dos horas.

—¿Dos horas! ¿cómo dos horas?—interrumpió Voltaire.—Dos días queréis decir.

—No, no: dos horas. He sido llevado y traído por una especie de marmita llena de agua hirviendo, que ahora reemplaza á los caballos. Hay quien asegura que dentro de poco nadie se servirá de ellos más que para ir en carruaje á la Ópera, ó para apostar á cuál correrá más en uno, á modo de tapete verde.

Voltaire, que no comprendía al doctor, comenzó á mirarle con cierta desconfianza.

—Y ¿qué teníais que hacer en Rouen, que tanto os apremiase?—le preguntó por mera cortesía.

—Amputar una pierna á un pobre diablo que se la ha fracturado al caer de un globo.

—¿Tuvo buen éxito la operación?
—Magnífico.
—Mucho habrá sufrido y gritado el paciente.
—Al contrario, mi querido señor de Voltaire. Mientras efectuaba la operación no cesó de cantar.

—¿Cantar?
—Cantar. Pero debo ponerlos en el secreto. Precisamente le había yo adormecido por medio del cloroformo; de suerte que, en vez de sentir el dolor, imaginábase que alguien le hacía cosquillas en la planta del pie, lo cual, de vez en cuando, le movía á reírse á carcajadas.

Al llegar aquí, Voltaire, visiblemente inquieto, retiró disimuladamente su sillón, y empleando el tono indulgente con que se habla á las inteligencias perturbadas, exclamó:

—¡Ah! ¡ah! Es muy interesante eso que me referís; en extremo interesante.

—Ya lo creo—repuso el doctor,—como que he transmitido la historia de la operación á un colega mío de Filadelfia, á quien merecía particularísima atención el caso...

Y sacando el reloj prosiguió con naturalidad:
—En su poder debe hallarse á estas horas el relato detallado y completo.

Esta vez no pudo ya dominarse Voltaire, que dió un salto en el sillón y se quedó mirando al doctor con ojos espantados.

—Pero ¿qué es lo que estáis diciendo?

—Digo—contestó fríamente el doctor—que he transmitido el relato de mi operación, palabra por palabra, á mi colega de América, valiéndome al efecto de un cable submarino que enlaza los dos continentes, y por medio del cual podría hablar con vuestro *Ingenuo*, con los *huronos* y con los *iroqueses*, del mismo modo que os estoy hablando. Y ahora os dejo. Vuestra enfermedad no es más que una indisposición pasajera é insignificante. Si tenéis necesidad de estímulo, con una chispa habrá bastante.

—¡Eh! esperaos y escuchad: ¿qué diablos es eso de la chispa?

—Una chispa de la máquina eléctrica.

—¡Uf!—suspiró Voltaire, apenas se hubo alejado el médico.—Ya era hora de que me dejase en paz ese loco.

Y llamando á sus criados, él, el hombre del progreso y de la curiosidad, de la osadía; él, á quien nada asombraba y á quien exasperaba la rutina.—En lo sucesivo—les gritó,—siempre que venga el doctor, dadle con la con la puerta en las narices. No he de perder el tiempo en dar oídos á las ridículas invenciones de un alienado.

—A bien que—añadió, encogiéndose de hombros y con acento compasivo—no volverá, de seguro; como que es probable que esta misma noche duerma en un manicomio.

VÍCTOR HUGO.

LANZADAS

Suponemos á nuestros lectores enterados de la obra de hermoso patriotismo realizada por el distinguido redactor de *El Liberal*, D. Luis Morote, al visitar el campamento insurrecto, y defender en él, con peligro de su vida, los sagrados derechos de España sobre la isla de Cuba.

Morote merece bien de la patria por su heroica conducta, y el Gobierno realizara obra de justicia concediéndole una distinción honorífica como recompensa á su patriotismo.

Nuestra enhorabuena á Morote y á la redacción de *El Liberal*.

Los carlistas siguen «agitándose». Según los últimos datos, es casi seguro que den el golpe el próximo domingo, y se echen á la calle vestidos de húngaros.

En recuerdo de los amores de su amo y señor.

El *Princesa de Asturias* ha vuelto á sufrir averías importantes.

Esperamos sentados á que la diosa casualidad, repitiendo el milagro de la botadura, las arregle espontáneamente.

Al buen Silvela, en el baile
del Real la otra noche vi.
Iba vestido de zorro;
por eso le conocí.

La Cámara de Comercio de Málaga protesta—y con razón—contra los expedientes de apremio.

¡Pero como si no!

El Gobierno no la hace caso, y está dispuesto á seguir con esa clase de expedientes, hasta que el amigo Castellano presente las cuentas del año 96.

Es decir, hasta el día del juicio final.

El célebre cabeçilla Raloff ha desembarcado recientemente en la isla de Cuba.

Digamos, parodiando una célebre zarzuela:
Pero esos barcos, ¿para qué son?

Disfraz que este Carnaval
va á lucir Linares Rivas:
El de *Cúpid gallego*.
¡No os dejéis sorprender, niñas!

De un periódico:
«El Gobierno prepara un nuevo empréstito de interior.»

¡Sís, y á él, antiguos patriotas al 6 12, que ahora van á dar el 13, para que resultéis patriotas por partida doble!

Iba vestido de Júpiter
allá por la Castellana,
con tres rayos que decían:
Morlesín, Cos y Vilana.

Las escuadras de las grandes potencias han cañoneada con obuses de melinita el campamento cristiano de la Canea.

¡Siempre lo mismo!
Las grandes naciones poniéndose en contra de las pequeñas por... humanidad solamente.

Según un periódico, el Gobierno está en poder de personas de poco juicio.

Y de tan poco.
Como que hace *pendent* con la estatura del Sr. Castellano.

Sherman—nuestro leal amigo—ha granido un violento artículo contra España, censurando los horrores que comete en Cuba el general Weyler.

Y todo á que no saben ustedes para qué?
Para que recordemos las celebres y humanitarias degollinas de negros que hizo su hermano en la guerra de secesión.

Uno iba de perro enano,
otro de niña torera;
El uno era Castellano,
el otro era Valdósera.

Con el simpático título de *La Juventud Madrileña*, se ha organizado en Madrid una estudiantina, que postulará durante este Carnaval por esas calles de Dios y de Sánchez Toca, para allegar fondos destinados al socorro de los heridos de Cuba y Filipinas.

La estudiantina está formada por los Sres. D. Manuel Lasarte de la Fuente, que la preside, y los señores Lasarte (Juan), Mani (Alfredo), Mani (Luis), Dorudes (Demetrio), Román (Mariano), Fernández (Jesús), Gómez (Arturo), y más de cincuenta comparsas.

Libros:

Distancias de las estrellas, cometas, estrellas fugaces, bólidos, etc., por Camilo Flammarion.—Biblioteca de *La Irradiación*, barrio de Doña Carlota, Madrid.—Precio: 25 céntimos.

La biblioteca de *La Irradiación*, que se propone popularizar los estudios astronómicos, acaba de publicar este nuevo folleto, en el cual se dan á conocer las inmensas distancias á que se encuentran las estrellas.

CUENTO DE CARNAVAL

Detrás de una máscara.

Caminaba con andar gallardo, mal envuelta en su dominó de raso blanco, sujetándose instintivamente la careta con ambas manos.

Toda máscara lleva en sí la misteriosa poesía de lo desconocido. Y sin apenas darme cuenta de lo que hacía eché á andar detrás de ella, excitado por la curiosidad y el deseo.

Ella, de vez en cuando, volvía la cabeza y apretaba el paso, contrariada sin duda por mi tenaz persecución.

—¿Quién será esta mujer?—pensaba yo mientras tanto.

Que era joven y hermosa, bien podía asegurarse. Yo la había desnudado ya con mis miradas, encontrándola digna de mis deseos.

¿Vendría del baile? ¿Y de qué otra parte á aquella hora y con aquel traje?

Pero, ¿por qué iba sola? ¡Bah! Después de todo, eso qué importaba. ¡Mejor! Así la aventura sería más fácil. Me aproximaría á ella y nos arreglaríamos en seguida.

Pero, ¿y si aquella mujer no era lo que parecía? ¿Y si era una mujer honrada?

Si bien podía haber ido al baile á celar á su amante. Y por eso iba ahora sola y fugitiva, y acaso desesperada.

Encontré esta suposición muy lógica. El afán que tenía por taparse la cara, la contrariedad que parecía experimentar por mi persecución, eran otros tantos datos en favor de esta idea.

¿Y si no es ni joven ni bonita?—pensé después, contrariado.

Pero no; aquella mujer era seguramente muy hermosa. Bastaba á demostrarlo la gentileza de su andar, su cuerpo airoso, mal envuelto en el elegante dominó, y yo no sé qué seducción y qué gracia que parecía desprenderse de toda ella.

¿Sería rubia? ¿Sería morena? ¡Bah! ¿Qué importaba? Para mis deseos del momento con que fuera hermosa bastaba.

**

De pronto mi bella desconocida se detuvo. Yo también hice alto en mi marcha, situándome á una distancia respetuosa de ella.

Y entonces ocurrió lo que era lógico presumir que ocurriría. La mujer, después de un momento de vacilación, me llamó con un siseo insinuante. Y como yo permaneciera silencioso, aturdido por aquel final ridículo de mi aventura, ella insistió:

—¿Pero no vienes?

Y con suprema coquetería avanzó hacia mí, andando á pasitos cortos, mientras trataba de desanudarse las cintas del antifaz.

—Ya verás como soy muy bonita.
Pero yo retrocedí instintivamente.

—No, no te descubras! Quiero pensar de tí, sin verte la cara, que eres hermosa; quiero pensar, no marchándome contigo, que eres honrada. He soñado mucho mientras te perseguía, para que vengas ahora á desvanecer mis ilusiones. ¡Vete! ¡No quiero conocerte! Quiero conservar pura la virginidad de mis fantasías, de mis quimeras...

Y eché á correr, mientras ella se reía á carcajadas.

MIGUEL SAWA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.